

Obligado en cuestión: acerca de los usos del pasado en la Argentina kirchnerista

Camila Tagle

Consideraciones preliminares

¿Qué pasó *exactamente* en Obligado? o ¿por qué el kirchnerismo apela a Obligado? ¿Rosas *fue realmente* un defensor de la soberanía nacional? o ¿por qué el kirchnerismo reivindica a aquel Rosas y olvida al gran estanciero, al Rosas de La Mazorca? Los interrogantes intentan demarcar, un tanto esquemáticamente, las zonas de debate abiertas a partir de un claro ejemplo de aquello que los historiadores denominamos usos del pasado: la instauración, en el año 2010, de una nueva conmemoración –el Día de la Soberanía nacional– en memoria de un acontecimiento histórico específico –la Vuelta de Obligado–.

Los primeros términos de los binomios remiten fundamentalmente a ciertas intervenciones –que en algunos casos tomaron la forma de verdaderas reacciones– de algunos historiadores frente a la decisión y el discurso gubernamental. Los segundos pretenden ubicar al tema en cuestión en diálogo con una historia política interesada en analizar los fenómenos de legitimación simbólica del poder. No se trata de opciones excluyentes, pero en esta ocasión optamos por indagar en la segunda de las vías, y esto por dos motivos: en primer lugar, debido a que el calor de los acontecimientos puso en segundo plano un análisis de este tipo; por otra parte, porque dudamos acerca de la utilidad práctica de un ejercicio de refutación histórica. En todo caso, creemos que lo que está en juego en operaciones como esta es algo más, incluso, algo esencialmente distinto, a una disputa por saber *qué fue lo que verdaderamente ocurrió* el 20 de Noviembre de 1845.

Lo anterior no equivale a desconocer la importancia que una palabra historiadora puede aportar en términos de, si no verdad, al menos verosimilitud histórica. Supone llamar la atención sobre otro punto: en ocasiones son perceptibles las limitaciones de los historiadores a la hora de producir contestaciones significativas a lo que puedan considerarse manipulaciones visibles, interpretaciones simplificadoras o impropias. Según Hartog (2011: 8), esto puede ser pensado en relación a cierta “duda epistemológica” que afecta de vez en cuando al conjunto de las ciencias sociales. Sabemos que la discusión histórica no se limita a un círculo de especialistas; que las cuestiones que muchas veces son tenidas como objeto de debates internos a la profesión se convirtieron en diferentes temas de opinión. Podemos pensar, incluso, que este movimiento supuso algún cambio para el *status* mismo de la disciplina.

En algunos casos, la historia afrontó el problema mediante un tono que Levi denominó “autoritario”; retóricas concluyentes que dejan entrever, para un público general, la idea de una recuperación objetiva de los hechos históricos y que esconden uno de los aspectos más sólidamente arraigados en el sentido común histórico: la certeza que indica que el historiador nos cuenta la verdad (Levi, 2011: 26). En otras palabras, la convicción acerca de la autoridad científica de los historiadores.

Si quisiéramos corregir, en nombre de dicha autoridad y cada vez que desde la política se apela a la historia, los relatos que en esa apelación se producen, probablemente no consigamos más que una suerte de “diálogo sordo”. Posiblemente, ni la más convincente voz o documentación histórica alcance para persuadir a quienes adhieren ideológicamente al kirchnerismo de que, por ejemplo, la de Obligado fue una batalla *que no fue nacional*^l. Dice Nun, haciendo suyas las categorías de H.H. Price, para un análisis del “sentido común peronista”:

Ese inevitable (...) que la adhesión ideológica implique un modo de “creencia en” apoyado en una variedad de “creencias que”. Lo que llama la atención es la gran heterogeneidad (y el carácter muchas veces contradictorio) de las “creencias que” en las cuales se sustenta la misma “creencia en” el peronismo (Nun, 2014: 271).

Podríamos pensar que, a partir del 20 de Noviembre del 2010, la *creencia en* el kirchne-

rismo incluye, entre muchas otras, la *creencia que* a mediados del siglo XIX y gracias a la firme decisión de Juan Manuel de Rosas, tuvo lugar una batalla que marcó un hito importante en materia de defensa de la soberanía nacional de la Argentina.

En lo que sigue, intentaremos analizar cuáles fueron las características de una apelación a la historia que no pudo sino estar orientada en función de los intereses de un presente político bien determinado. Para ello, elegimos poner el foco en una conmemoración particular. Dicen Pagano y Rodríguez (2014: 8): “Las conmemoraciones constituyen los fenómenos acaso más claramente colocados en el cruce de las dimensiones cognitiva, instrumental y memorial”. Operan como “laboratorios privilegiados” para percibir las dinámicas socio-político-culturales que una comunidad exhibe en un contexto históricamente situado. Interesa retomar esta idea de “laboratorio” para pensar el abordaje metodológico del problema que planteamos. Nuestra atención estará concentrada en un acontecimiento particular, del cual intentaremos extraer los elementos que se consideren relevantes para alumbrar fenómenos de más larga duración y en los cuales intervienen factores de muy diverso orden: los procesos de legitimación política del poder y aquellos otros directamente vinculados de construcción de imaginarios políticos. Es decir, un acontecimiento que puede ser tenido como un momento de cierta densidad, en el que se hacen visibles movimientos de mayor profundidad y alcance. Las conmemoraciones son, no obstante, un tipo *especial* de acontecimiento (Devoto, 2014: 18). Señalamos dos de las características con que Devoto distingue su singularidad: no son acontecimientos inesperados sino, por el contrario, previstos, esperados, incluso fabricados (“... lo que no impide que esa construcción pueda, a su vez, devenir en el momento concreto de su realización en algo inesperado”); remiten a otro acontecimiento precedente, al tiempo que se diferencian radicalmente de aquel (2014: 18).

Son justamente aquellas características las que nos permiten pensar el tema de las conmemoraciones –experiencias respecto al tiempo– a partir de alguna perspectiva temporal; conectar la cuestión de los usos del pasado con la –aún más abstracta– problemática del tiempo histórico. En efecto, la propia expresión que acuñamos (usos del pasado) contiene ya algunos supuestos teóricos y epistemológicos: sostener que el pasado puede ser *usado* implica asumir, al menos, un posicionamiento respecto a qué entendemos por ese pasado, cuáles son los al-

cances temporales, prácticos y políticos que le otorgamos, qué lugar ocupa la historia en tanto usuaria principal –aunque no exclusiva– de dicho pasado.

El primer acto de homenaje a la Vuelta de Obligado, caracterizada desde el discurso oficial como una “epopeya”, fue presentado como el resarcimiento de una deuda histórica de todos los argentinos; por tratarse de un episodio “premeditadamente oculto desde hace 165 años por la historiografía oficial”².

Un nuevo feriado para el calendario nacional y un nuevo monumento histórico –cadenas que recuerdan otras cadenas– sentaron las bases simbólicas y materiales para que, a partir del 2010, el poder político proponga recordar cada año un acontecimiento histórico que hasta entonces solo había sido reivindicado por el último peronismo³. Llama la atención, como punto de partida, el modo en que el tópico “historiografía oficial”, en algunas ocasiones reemplazado por el aditamento “mitrista”, reaparece en el vocabulario público-político de esta época, a pesar de que ya no existe como contendiente intelectual, al menos con las características y formas que suscitaban la denuncia nacionalista o revisionista de mediados del siglo XX (Acha, 2008). Pese a esto, la idea continúa operando, ahora desde la propia entidad del Estado, y penetra además de una manera bastante eficaz en el “sentido común” de la militancia kirchnerista, que no dejará de producir sus propias contribuciones. Al problema de por qué son formuladas ciertas imágenes de la historia desde el Estado se le suma, pues, el de por qué estas encontraron receptores que las asimilaron políticamente; por qué vuelven muchos de esos núcleos simbólicos que articularon al revisionismo y que habían dejado de operar en los lenguajes políticos de la posdictadura. Preguntas que atraviesan, pero que quedarán marginadas en la propuesta que sigue.

Las Vueltas de Obligado: una lectura del discurso kirchnerista

Nos concentraremos ahora en una lectura de los discursos que tuvieron lugar entre los años 2010 y 2014, pronunciados en ocasión de la nueva conmemoración⁴. El objetivo: encontrar en ellos los principales núcleos de sentido, o interpretaciones de la historia argentina del período que se pretenden afianzar, pero también –o fundamentalmente– los cambios que, sobre

estos, impusieron los conflictos propios de un presente en transformación. Este doble movimiento nos brindará, pues, algunos datos que creemos representativos acerca de las funciones que desempeñó la historia para el poder político en el momento que nos interesa.

La Vuelta de Obligado fue entonces la elegida como el ejemplo que mejor ilustra en nuestra historia el valor de la soberanía nacional, y Rosas, uno de sus más férreos defensores: “Yo luzco muy orgullosa esta insignia federal que me colgó recién un Colorado del Monte, con la figura del brigadier don Juan Manuel de Rosas”⁵. Cristina Fernández de Kirchner inauguraba de esta forma la explícita reivindicación de un personaje que hasta ese momento había permanecido ausente de las identificaciones más comunes del kirchnerismo. Encarnación Ezcurra, “esa gran mujer ocultada por la historia, verdadera inspiradora de la revolución de los restauradores”, también fue homenajeadada, en un gesto reivindicativo del lugar de las mujeres en la historia nacional: “a las mujeres siempre nos cuesta aparecer, ahora, cuando aparecemos, hacemos historia, como doña Encarnación”⁶.

Existen algunas ideas-fuerza que se repiten en cada una de las oportunidades mencionadas. En primer lugar, al momento de contarle a la militancia los sucesos de 1845: de un lado, potencias extranjeras que querían dividir nuestro país para apoderarse de nuestros recursos, buques de guerra acompañados por buques mercantes decididos a invadir nuestra patria; del otro, la valentía de un pueblo unido en armas, la irrevocable decisión de Rosas y Mansilla de dar batalla, a pesar de la superioridad tecnológica y militar del adversario.

La insistencia, también, en una pregunta que busca explicaciones acerca de por qué este homenaje no había formado parte, hasta ahora, de la memoria histórica de los argentinos:

Siempre me pregunto y siempre me preguntaré: ¿por qué en la escuela nos han enseñado con muchísimo detalle cada una de las batallas y campañas que nos permitieron liberarnos del yugo español y, sin embargo, se ocultaron deliberadamente todas las luchas que se dieron contra otros colonialismos que aún subsisten como, por ejemplo, en nuestras Islas Malvinas?⁷

La respuesta es unívoca: porque era necesario “convencer a cada uno de nosotros que era imposible oponerse a luchar contra las grandes fuerzas”; “hacernos creer que es imposible mantener la dignidad nacional”.

Finalmente, una invitación a formar parte activa de “nuevas gestas”, en las que ya no será necesario emplazar cadenas en el río ni cañones, sino “despojar nuestras cabezas de las cadenas culturales que durante tanto tiempo nos han mentido”. La recuperación de la Vuelta de Obligado dentro del calendario de fechas patrias se presenta como una acción reparadora que apunta en esa dirección: desenterrar de la memoria histórica de los argentinos un acontecimiento supuestamente oculto por intereses preocupados en la no-repetición de acciones emancipadoras para la nación.

Pero, para el kirchnerismo, Obligado debe conjugarse en plural. Y su repetibilidad estará garantizada mientras existan gobiernos que estén dispuestos a luchar por la soberanía nacional. Para el 2012 “las vueltas” ya se habían multiplicado: la reestructuración de la deuda externa, la Asignación Universal por Hijo, el Plan Conectar Igualdad, el incremento presupuestario del 6,47% del PBI para educación, “todas y cada una de esas cosas fueron también vueltas de Obligado, porque esa soberanía popular, nacional y democrática se construye todos los días”⁸. Según la representación oficial, el debate por la soberanía nacional tuvo durante los siglos XIX y XX un carácter exclusivamente militar y territorial; la novedad del kirchnerismo estaría en que vino a proponer, en el XXI, “la lucha por las ideas”.

La creación del Instituto de Revisionismo Histórico Manuel Dorrego se presentó como una política concebida en aquella dirección. La firma del decreto que habilitó su conformación en el año 2011 tuvo lugar el día antes de un nuevo aniversario de la Vuelta de Obligado, con lo cual fueron posibles algunos entrecruzamientos. Se trataría de un espacio institucional “desde el cual poder analizar, estudiar, reflexionar y debatir acerca de la historia *real* de los argentinos”; comprender la historia “no como una sucesión de hechos aislados y desconectados, sino como hechos profundamente interconectados en nuestra historia”⁹. A la denostada historia oficial, mitrista o “de Billiken”, se le opone el peso de la *historia verdadera*.

El discurso tuvo ahora un tono más latinoamericanista; el hecho que se reivindicaba no pertenecería solamente a los argentinos: “la Vuelta de Obligado ya forma parte de la historia de los pueblos de la América del Sur”. Haciendo explícita la construcción de un paralelismo, Cristina Fernández sugiere que si la independencia de nuestro país se debe “ante el derrumbe de la Europa, aquella Europa que Napoleón había soñado de una manera y terminó con la

monarquía y el absolutismo”, el presente de la Argentina kirchnerista –en “este mundo que también parece derrumbarse”– se figura como el momento más propicio para llevar adelante una batalla por la “soberanía intelectual”¹⁰.

Decíamos, siguiendo a Devoto, que una conmemoración es un acontecimiento esperado, prefabricado, aunque ello no impide que en el momento concreto de su realización esa construcción se desvíe de su concepción original. Las palabras emitidas en el acto de 2012 giraron fundamentalmente en torno a los *otros* pasajeros que habían sido transportados por los barcos europeos en 1845: “debemos decirlo con todas las letras: en esos buques ingleses y franceses venían argentinos también a bordo, algunos todavía tienen el inmerecido honor de que su nombre esté en calles o plazas de nuestra república”. La alusión al unitarismo quedó así reducida a un grupo de “traidores a la patria”, capaces de ocupar las mismas naves que días después invadirían su propia tierra natal. Las referencias no fueron casuales, y adquieren un significado específico si las leemos prestando atención al contexto más inmediato de su enunciación. El mismo 20 de noviembre de 2012 estaban produciéndose las medidas de fuerza realizadas por la CGT de Hugo Moyano y la CTA de Pablo Micheli en contra del gobierno nacional. La adhesión de la Federación Agraria –que anticipó piquetes en las rutas–, la Sociedad Rural y el respaldo de la mayoría de los partidos opositores le otorgaron al paro una importante visibilidad pública. Si en cada una de las vueltas de Obligado que afrontó el país a lo largo de su historia “hubo argentinos que estaban del lado del enemigo y no del lado donde estaban los millones de argentinos”, la protesta no escapaba a esa suerte de regla de la historia nacional:

Sería bueno que los historiadores y los pueblos hicieran un esfuerzo para conocer esas verdades, porque me parece absolutamente injusto que aquellos que dieron su vida por los argentinos y que siguen anónimos, no tengan un recuerdo en la historia y sí la tengan los que la traicionan. No se puede seguir premiando lo que está mal, hay que premiar lo que está bien¹¹.

En efecto, algo *estaba mal* para el kirchnerismo a fines del 2012. El acto por el día de la soberanía nacional puso a disposición un vocabulario que se deslizó rápidamente hacia una crítica de la medida de protesta llevada a cabo, casi simultáneamente, por las centrales opositoras.

sitoras. Referencias históricas sirvieron, esta vez, para rescatar del peronismo un modelo sindical que se desvirtuaba:

Estos no son los dirigentes que querían Perón y Evita. Los dirigentes que querían Perón y Eva eran representantes de los intereses de los trabajadores (...) ¿Ustedes saben que en la Constitución del 49 no estaba el derecho de huelga? ¿Y saben por qué? Porque Perón y Evita decían que cómo le iban a hacer huelga a un gobierno peronista. Bueno, a mí me parece que era como demasiado¹².

La apelación al peronismo implicó al mismo tiempo un movimiento de reivindicación y otro de distanciamiento. Por un lado, “Perón y Evita”, responsables de una especie de mandato que el kirchnerismo heredaba –durante un gobierno de este signo político los sindicatos debieran estar a cargo de los dirigentes que *ellos querían*–. Por otro lado, una defensa del derecho de huelga en la cual se deja entrever una crítica a la concepción de Perón sobre la cuestión de la protesta laboral: “¿cómo no estar con el derecho de los trabajadores a expresar libremente sus demandas!”. Aunque rápidamente se marcan los límites de una defensa que no incluye a los cortes, bloqueos, amenazas ni presiones. Las argumentaciones de carácter histórico se alejaron así de la Vuelta de Obligado, atravesaron la década del 70, pasaron por el ciclo neoliberal y llegaron al 2001. El objetivo, siempre uno: contrastar las características del paro gremial que estaba teniendo lugar en algunas provincias, con los modelos de protesta, si se quiere más *puros*, que conoció la historia argentina: “me niego a decir piquete porque me acuerdo de Aníbal Verón (...) me acuerdo también de Kosteki y Santillán. No me imagino a Kosteki y Santillán viajando con su familia a Miami. Así que, por favor, no hablemos de piquete”¹³.

Creemos que el movimiento anterior resulta representativo de las operaciones de memoria que llevó a cabo el kirchnerismo, fundamentalmente a partir del 2008. La Vuelta de Obligado parece no importar solo en tanto evento de la historia argentina, sino por los usos y deslizamientos que posibilita; conexiones con otros pasados que desembocan siempre en un mismo presente: “Una nueva conmemoración de la gesta de Obligado sirve para reconocer un mismo pasado de lucha por la defensa de la Patria y para alumbrar sobre los nuevos desafíos y amenazas que hoy en día se ciernen sobre ella”¹⁴.

¿Historiografía académica; historiografía militante?

El mundo de los historiadores

La nueva conmemoración suscitó la intervención de algunos historiadores en el espacio público. Una de sus manifestaciones fue la publicación de artículos en prensa, es decir, destinados a un público posiblemente apenas familiarizado con el tema, o que tomó contacto con él precisamente luego de que adquirió visibilidad pública y política. Una pauta más que nos indica que el oficio no permanece ajeno a los conflictos de una época; que una de las características que exhibe la utilización de representaciones del pasado es que se trata siempre de una competencia o debate entre varias lecturas de la historia, donde los historiadores poseen una posición privilegiada, aunque no exclusiva. En el apartado que sigue centraremos la mirada en algunos de esos involucramientos para intentar encontrar en ellos los puntos de tensión –y en común, si los hubiera– con las representaciones y finalidades desplegadas desde el poder estatal.

Una batalla que no fue nacional y *Otra vuelta de Obligado* titularon respectivamente José Carlos Chiaramonte y “Pacho” O’Donnell sus intervenciones –que tomaron la forma de una discusión explícita– en la revista *N* a finales de 2012 y principios de 2013. Interesa particularmente revisar las argumentaciones del primero de ellos, dado que es quien realiza un esfuerzo por refutar la visión que tiene el kirchnerismo del acontecimiento rememorado, hasta tal punto que convierte a la conmemoración en una especie de absurdo. El nombre del artículo apunta directamente al nudo del argumento de Chiaramonte: el kirchnerismo celebra la soberanía nacional *usando* un evento histórico que no tiene ningún significado nacional. Subrayamos el gerundio porque adquiere en este contexto un alcance diferente al que nosotros venimos otorgándole. Cuando Chiaramonte habla aquí de usos, lo hace en el sentido de una manipulación, con la carga peyorativa que le corresponde a una acción de ese tipo, efectuada de modo consciente con el objetivo de deformar los resultados producidos en algún área de conocimiento. De allí que, aclarar la cuestión de las relaciones entre historia y política, se convierte, según el autor, en un asunto de capital importancia tanto para el desarrollo de cada una de estas disciplinas o actividades como para la “cultura de un país” (Chiaramonte, 2013: 22).

La intención de poner algunos resultados de la historiografía al servicio de otras actividades humanas no es ilegítima mientras ese servicio sea respetuoso del quehacer historiográfico, es decir, sin condicionamientos de sus procedimientos y resultados por intereses de aquellas otras actividades. Porque, justamente, la única manera de que la historia sea de utilidad a la política es ofrecer frutos que no hayan sido condicionados y deformados por intereses políticos, con resultados que padecerán tanto la historia como la política (2013: 23).

El comienzo de la nota resulta contundente: “El aniversario del combate de la Vuelta de Obligado dio lugar a juicios históricos que no reflejan la realidad de lo ocurrido”¹⁵. Se acusa al poder político de adolecer del efecto del “viejo peligro que acecha a los historiadores”: el anacronismo. Un enfrentamiento entre dos socios comerciales característico del siglo XIX, vaciado anacrónicamente en el molde del antiimperialismo del siglo XX, resignificado a su vez en los comienzos del XXI. Dado este cuadro de situación, el artículo dice “limitarse a recordar” quiénes y qué eran los protagonistas rioplatenses de ese episodio, cuáles los sentidos –distintos a los actuales– que tenían en la época algunas nociones centrales como nación o federalismo. La primera de las correcciones resulta quizás la más evidente: Obligado no fue una batalla nacional sencillamente porque no existía, para 1845, ningún Estado que pudiera adjudicarse para sí dicho carácter. Quien provocó la reacción franco-británica fue el Estado independiente y soberano de Buenos Aires, asociado y representante en el manejo de las relaciones exteriores del resto de los estados provinciales, con quienes integraba una confederación que nunca quiso pasar a ser *otra cosa*. La férrea oposición de Buenos Aires a cualquier iniciativa de organización constitucional que condujera a la creación de un Estado nacional quedó solo parcial y discursivamente matizada en la coyuntura de la invasión franco-británica, que obligó a Rosas a usar un vocabulario nacional como medio de obtener adhesiones. La fraseología nacional, dice Chiaramonte, “como tantas veces volverá a ocurrir (...) fue utilizada con éxito en defensa de intereses particulares”. En este caso, los de uno de los Estados de la Confederación.

El segundo de los ejes sobre el que gira el artículo apunta a reconocer lo inapropiado de una interpretación antiimperialista sobre el acontecimiento. Para ello, el autor insiste en remarcar la postura pro-británica del gobierno de Rosas que había suscitado, incluso, el agresivo

bloqueo de Francia, celosa de no lograr una relación análoga a la mantenida por Rosas con Inglaterra. Si en 1845 las potencias se unieron en acciones navales contra Buenos Aires, fue por razones vinculadas a su pretensión de acabar con el control bonaerense sobre la navegación de los afluentes del Plata (de manera de satisfacer su aspiración de alcanzar libremente el acceso naval al Paraguay). El bloqueo, infructuoso, culminó en un tratado con la Confederación que admitía el derecho exclusivo de Buenos Aires al control de los ríos –es decir, preservaba su privilegio por sobre el resto de las provincias– y permitía la reanudación de las “lucrativas relaciones” con Gran Bretaña. Un enfrentamiento momentáneo con dos potencias europeas, presentado como una causa “americana” y “nacional”, logró concitar el apoyo de quienes veían sólo una cara del conflicto –la menos representativa, según la visión de Chiaramonte– dado que ningún interés nacional era invocado por Rosas cuando se trataba de preservar la condición privilegiada del territorio que gobernaba.

La respuesta de O’ Donnell, como indica su título, estuvo destinada a mostrar *Otra Vuelta de Obligado*, distinta a la imagen presentada por Chiaramonte, y en consonancia directa con la versión transmitida a través de la conmemoración oficial. La no-aceptación de la dimensión nacional de la batalla equivale, para el autor, a adjudicarle a los invasores europeos una “finalidad redentorista” –la de colaborar con las provincias del litoral fluvial– y deja fuera de consideración la “voracidad de los imperios de turno”. Al contrario, “que no queden dudas: nuestras provincias litorales fueron defendidas por la valiente decisión de enfrentar a los agresivos imperios”¹⁶. A continuación, el artículo realiza el ejercicio contrafáctico de pensar *cuál hubiera sido* el destino de las provincias en caso de haber vencido la invasión europea: un nuevo desmembramiento del territorio, en forma de un protectorado británico, que hubiese “debilitado aún más a nuestra patria”. Esa conjetura es, precisamente, la que desmentiría la hipótesis de que “la batalla no fue nacional”. La clarividencia de Rosas, finalmente, se habría agotado con el aplastamiento del proyecto rosista en Caseros; triunfo de la “oligarquía libre-cambista porteña y sus asociados de las oligarquías liberales provinciales, pagados y equipados por potencias extranjeras alarmadas por el mal ejemplo del *desarrollo industrial* argentino”. Por si los argumentos seguían resultándole inconvincentes a Chiaramonte o demás lectores, O’Donnell finaliza su defensa del significado patriótico de la batalla apelando a otra voz au-

torizada: “que lo de Obligado fue una epopeya de carácter nacional no dejaba dudas a José de San Martín, quien desde su destierro la calificó de segunda guerra de la Independencia”¹⁷.

El diario *La Nación* ya había sido testigo de una polémica más o menos análoga en el año 2010. Las intervenciones de Luis Alberto Romero y David Rock quisieron también refutar la visión oficial del acontecimiento representada en otro artículo de O’Donnell para aquel periódico, titulado *Obligados a dar la vuelta*¹⁸. Según Romero, los “escritores neorrevisionistas” –confiesa que le cuesta llamarlos historiadores– refuerzan –y adicionalmente “convierten en un buen negocio”– una sensibilidad nacionalista “patológica”, que se opone a otra “sana, virtuosa e indispensable”, y de la cual hace uso el gobierno kirchnerista para justificar su accionar político. La conmemoración de la Vuelta de Obligado pretende *transformar la derrota en victoria*¹⁹, “una victoria moral, como nos gusta a los argentinos”, destinada a consolidar un sentido común permeado por

una suerte de “enano nacionalista” que combina la soberbia con la paranoia y que es responsable de lo peor de nuestra cultura política. Nos dice que la Argentina está naturalmente destinada a los más altos destinos; si no los logra, se debe a la permanente conspiración de enemigos externos a nuestra Nación, exteriores e interiores²⁰.

Así, Romero se distancia del llamado neorrevisionismo y prefiere celebrar “el éxito pacífico de la diplomacia y no el fracaso de la guerra; la negociación y no la epopeya”. Los intereses triunfantes en Caseros no podrían ser caracterizados de antinacionales, como sugiere O’Donnell: “a los que vemos en la Constitución el fundamento de nuestro orden institucional, nos resulta imposible acompañarlos en esa posición”. El final de la nota termina por situar la intervención del autor en un *lugar*²¹ determinado: “En 1983, muchos creímos que habíamos logrado desterrar al ‘enano nacionalista’. Hoy, yo al menos lo dudo”. El historiador británico David Rock se sumó en esa oportunidad al debate, acompañando la intervención de Romero y cuestionando la narrativa oficial. Desde su perspectiva, la batalla de la Vuelta de Obligado fue una “masacre de nativos” típica de su tiempo, y, antes que un arquetipo del nacionalismo popular, Rosas un dictador de un Estado-ciudad que deseó siempre una relación cercana y

provechosa con los países imperialistas. Si “intelectuales liberales preclaros, como Alberdi y Sarmiento, soñaban con una república consolidada que emulara la pujanza democrática y republicana de Estados Unidos”²², en aquella época sus proyectos todavía se hallaban muy lejos del imaginario de la masas populares.

Finalizamos la selección con la intervención de Horacio González²³ –personaje que cabalga, en gran medida, entre los dos espacios que distinguimos con fines meramente analíticos– en un artículo publicado por *Página/12*: a la batalla de Obligado hay que verla “desde el sable de San Martín”²⁴. Con este punto de partida, González plantea la alternativa de conmemorar una “proeza” sin aprobar el régimen político bajo el cual ocurriera. Es decir, aquella no debiera ser considerada desde la propia opinión de Rosas, “y su mundo cultural de terrateniente exuberante”, sino por la posibilidad que brinda de conjugar temas nacionales, de sensibilidad cultural, que habrían de desempeñar la función de aportar al “alma libertaria de los poderes populares instituyentes que están en curso”. Una concepción autocrática, antes que antiimperialista o libertaria, fue la que impulsó a Rosas a librar batalla. Pero esto, según el autor, en nada desmerecería el acontecimiento; no hay hecho que no sea paradójico. Su opción difiere entonces de las planteadas anteriormente: ni una refutación del carácter nacional de la batalla en virtud de las características del régimen rosista todo, ni una reivindicación basada en la adjudicación de intenciones que no se corresponden necesariamente con el suceso que se conmemora; una celebración, en todo caso, de la paradoja. La nota apunta, además, una advertencia referida a las posibilidades mismas de la traslación histórica:

Estas gestas son hechos que pueden transferirse al presente en la medida en que los grandes arquetipos se nutran también de la noción de que en la historia nada es traducible de inmediato. Esta traducción será obra de un cuidado analítico, del respeto documental, de la imaginación pública para que las leyendas nacionales sean relatos democráticos y que las sagas del pasado no aprisionen litúrgicamente la rica heterogeneidad del presente²⁵.

El recorte que efectuamos no buscó aportar información nueva a un tema largamente investigado –el carácter del régimen rosista y la función que dentro de aquel sistema desempeñó la batalla de la Vuelta de Obligado– sino más bien dar cuenta de un *momento* –una “co-

yuntura de activación de memorias”, diría Elisabeth Jelin (2002)²⁶ – en el cual diferentes actores sociales y políticos pusieron en circulación distintas interpretaciones acerca de un suceso específico de nuestro pasado. Una disputa de sentidos que no se desplegó en ámbitos académicos o universitarios, sino en otros de mayor alcance: la “plaza pública”, la prensa escrita. Aun si historiadores académicos intentaron mantenerse alejados de aquellos ámbitos “exter-nos” para centrarse en los problemas y temas que emergen del puro desarrollo de una actividad que aspira a tener un funcionamiento de ciencia “normal” (Devoto y Pagano, 2004: 9) el mundo exterior no dejó de irrumpir sobre ella. Retomando nuestro subtítulo, alusivo al nombre del trabajo de los autores citados anteriormente, la *historiografía académica* y la *historio-grafía militante* no han dejado de cruzar sus cauces; “ellas se presentan como irreductibles a caracterizaciones modélicas y simplistas” (2004: 13).

Una mirada de conjunto

En lo que resta intentaremos retomar algunas de las cuestiones sugeridas en el primer apartado, para revisar aquellas otras planteadas en la segunda y tercera parte. El ejercicio pretende avanzar en la comprensión de algunos interrogantes que podrían ser formulados del siguiente modo: ¿de qué manera el homenaje a la Vuelta de Obligado se inserta dentro de un conjunto amplio de representaciones históricas construidas y difundidas por el kirchnerismo?; ¿qué elementos tuvieron en común las respuestas que se formularon desde el ámbito académico?; finalmente, ¿cuál es la función que podemos otorgarle a mecanismos como este, desplegados por el Estado en un contexto político específico?

El mismo acontecimiento histórico. Dos lecturas diferentes, en ocasiones contrapuestas. La política y la historia. La primera nos dice que la Vuelta de Obligado representa la defensa de la soberanía nacional, que Juan Manuel de Rosas fue un prócer decidido a proteger nuestro territorio de las agresiones imperialistas y de sus aliados internos, y que “este mandato histórico fue debidamente recogido por Néstor y Cristina Kirchner en el amanecer del siglo XXI”²⁷; que en aquella época las luchas por la soberanía tuvieron un carácter exclusivamente militar, a diferencia de las actuales, que se dirimen en el terreno de las ideas. La segunda, en cambio,

rechaza casi de plano esta interpretación: no había en el rosismo ningún interés por “lo nacional”, mucho menos una concepción antiimperialista; el kirchnerismo abusa de la historia al hacer de la Vuelta de Obligado un hito de la soberanía.

Es factible encontrar en algunas de las posiciones-historiadoras analizadas el “tono autoritario” del que nos hablaba Giovanni Levi al comienzo de este artículo. Si la intervención de Chiamonte promete *limitarse a recordar* quiénes y qué eran los protagonistas rioplatenses del episodio, será porque entiende que la representación elaborada desde el kirchnerismo olvida esta cuestión, central para cualquier aproximación histórica. Con este ejercicio la historia se (auto) jerarquiza por sobre la política, al encauzar, mediante una retórica concluyente y en nombre del pasado, las manipulaciones que no respetan “la dignidad de los hechos”. Esta suerte de refugio en la autonomía científica del campo fue una actitud bastante generalizada en algunas coyunturas, como por ejemplo la que rodeó a la creación del Instituto de Revisionismo Histórico Manuel Dorrego²⁸ o a la celebración del Bicentenario.

En nuestras intervenciones buscamos oponernos a la idea de que la historia es maestra de vida (...) La historia no nos enseña nada. Pero el hecho de decir que la historia no nos enseña nada permite restituir el pasado en el lugar que tiene en su articulación con el presente. Esta idea de la historia como maestra de vida es un punto común que todos los historiadores coincidimos en rechazar²⁹.

Más allá de que sea, al menos, discutible afirmar que la idea de la historia como maestra de vida es un punto común que todos los historiadores coinciden en rechazar, la cita anterior resulta representativa de un ánimo más o menos generalizado dentro del ámbito académico, y sirve para orientar algunas de las interpretaciones que aquí mencionamos. “¿En qué medida se ha disuelto el antiguo topos en la agitada historia moderna?” Koselleck (1993: 42) se preguntaba, precisamente, por la vigencia del tópico de la historia *magistra vitae* —aquel que indica que la estructura temporal de la historia pasada limita un espacio continuo de lo que es posible experimentar, no pensando teológicamente, sino de forma práctica-política— desautorizado, según el autor, por una historiografía que lo concibe como una fórmula ciega, “que sólo sigue dominando en los prólogos”. Existe, sin embargo, una diferencia entre la mera utilización del

lugar común y su efectividad práctica; “la longevidad del *topos* es en sí misma causa suficiente para indagar en sus razones” (1993: 43). Como apuntamos al comienzo, el interés que motivó este trabajo estuvo impulsado primero por una pregunta acerca del modo en que el poder político puso a funcionar el tópico en un momento determinado, antes que por una preocupación desmitificadora de “imágenes falsas”. Ahora bien, lo anterior no significa que cualquier operación sobre la historia que se apoye en la antigua fórmula posea el mismo valor. Una de las fuentes de impugnación a los usos políticos del pasado podría provenir del argumento historicista, según el cual no es lícito postular verdades generales para momentos históricos diferentes. Pero, una cosa es valorar éticamente el pasado desde un punto de vista –siempre presente– y otra atribuirle a personajes históricos universos morales inexistentes; “allí la crítica no es por excesiva simpleza, sino lisa y llanamente por falsificación” (Adamovsky, 2011: 100).

Antes de avanzar, sería oportuno revisar rápidamente un conjunto de planteos que en las últimas décadas tomaron la forma de cierto consenso historiográfico en relación a algunas características generales del rosismo. Diversos autores coinciden en proponer que una de las claves interpretativas más adecuadas para explicar y comprender el fenómeno rosista consiste en entenderlo como un movimiento político que develó un alto grado de inventiva y pragmatismo para adaptarse a las diferentes y variadas coyunturas que debió atravesar. Antes que un proyecto elaborado de antemano –ya sea para “frenar el camino revolucionario”, ya sea para incluir en la política rioplatense un componente popular hasta ese momento limitado, o bien para imponer un orden de corte hispánico, católico y conservador– el rosismo se fue constituyendo al calor de los acontecimientos, variando las estrategias de construcción de poder y búsqueda de consenso en función de los conflictos presentes (Ternavasio, 1998). “Rosas no fue siempre el mismo, como no lo fue la sociedad en la que vivió ni lo fue ese fenómeno social y político que denominamos rosismo. No fue sólo lo que quiso ser sino también lo que otros creyeron que era y quisieron que fuera” (Fradkin y Gelman, 2015: 25). Estanciero, representante de las clases propietarias, líder popular, firme opositor a la construcción de una estructura institucional de alcance nacional, propulsor de las bases que posibilitaron dicha construcción, predilecto socio comercial de Gran Bretaña y defensor de la “causa americana”: no serían ya cualidades contradictorias o ponderadas de manera excluyente

por una u otra corriente de pensamiento histórico, sino componentes igualmente *verdaderos* de aquello que en las últimas décadas comenzó a definirse como el “sistema de Rosas” y su dinámica histórica. “La hora del americanismo”, al decir de Fradkin y Gelman (2015: 342), no fue una novedad introducida por el rosismo sino que operó sobre un terreno fértil de rechazo popular y rencor a los europeos, abonados por una larga experiencia histórica. La hostilidad se acrecentó al extremo durante el bloqueo anglo-francés y fue aprovechada por la propaganda rosista de modo tal que la defensa de la independencia, la Federación, la nación –que aún no poseía fundamentos jurídicos o constitucionales– y Rosas quedaban completamente unidas (2015: 350).

Partiendo de lo anterior: ¿qué características tuvo el uso de la Vuelta de Obligado efectuado por el kirchnerismo? Descartamos, pues, la hipótesis de la lisa y llana falsificación. En todo caso, la operación de memoria implicada en la revalorización política de la Vuelta de Obligado por parte del kirchnerismo supuso, en primer término, la universalización –“¡viva Rosas!”– de un elemento propio de una coyuntura bien particular dentro de los heterogéneos años rosistas. Sabido es que el pretendido antiimperialismo de Rosas ya había sido reivindicado, incluso más, funcionado como argumento aglutinador, de una de las primeras variantes del revisionismo histórico surgida en los años 30. Sabemos también que cierta bipolaridad –marca de origen del rosismo, como vimos– atravesó toda la historia del movimiento revisionista: una tendencia de tipo popular, e incluso populista, reivindicativa de cierto carácter popular del gobierno de Rosas; otra elitista, nacionalista, atraída por las cualidades de un gobierno fuerte (Quattrocchi-Woisson, 1998: 56). Si tuviéramos que acercar las imágenes que revisamos al comienzo con alguna de esas filiaciones, vemos que presentan casi todos los tópicos de la segunda, cristalizados por primera vez en el “libro fundador” de los hermanos Irázusta, *La Argentina y el Imperialismo británico*. La caracterización que el discurso kirchnerista hace de los emigrados, por poner un ejemplo, replica los términos de aquella primera denuncia a la traición de los valores nacionales:

Los emigrados tomaron las armas contra su patria, junto a los agresores de la misma. Recibieron oro en pago del nefando servicio. Y siguieron creyéndose los mejores argentinos (...)

Desde entonces los emigrados quedaron condenados a dar, a la reverencia por el oro y las personas de los extranjeros y al desprecio por las personas y la pobreza de los criollos, el carácter de una verdadera teología³⁰.

El acontecimiento que venimos analizando representa quizás la primera o más explícita toma de posición del gobierno en torno a algún relato histórico, y resulta contundente que dicha operación haya venido de la mano de la recuperación de un personaje no tan fácilmente idealizable como pueden ser Moreno, Castelli, Belgrano, Dorrego, por mencionar algunas de las figuras del siglo XIX que aparecen reiteradamente en los discursos kirchneristas. Una idea fuerte de nación –aunque abierta a la incorporación de variados contenidos– ocupa el lugar del sujeto protagonista de la historia. A las referencias del revisionismo más nacionalista se le suma cierta inspiración en las narrativas del llamado revisionismo nacional-popular de las décadas del 60 y 70, aunque enunciadas en una clave bien distinta, democrática y de los derechos humanos, incluso liberal.

El estudio y puesta en relación de este conjunto heterogéneo de representaciones históricas es aún una tarea pendiente, pero el recorrido efectuado hasta ahora nos proporciona algunos elementos que avalan la dirección de una hipótesis que debe llenarse de contenidos. Desde la perspectiva de Omar Acha (2012: 51) uno de los rasgos característicos de la Argentina kirchnerista fue la particular articulación que se produjo entre dos planos que comenzaron a funcionar de manera desacoplada: por un lado, un modelo económico y social neodesarrollista, en búsqueda de una alternativa a la crisis del modelo mercado interno de sustitución de importaciones; por otro, una dimensión política-cultural que evidenció una intensa capacidad de enunciación política y movilización de símbolos o discursos con una marcada impronta anti-liberal, vehículos de nociones nacionalistas y populares pronunciadas (2012: 53). Sin embargo, hipotetiza el autor, el kirchnerismo no logró elaborar un discurso que pueda ser consistente con ese modelo neo-desarrollista y que, por lo tanto, aspire a tener las responsabilidades que tuvo aquella otra discursividad nacional-popular que conocimos con el peronismo. Podríamos traducirlo a un tipo de legitimación política que apela en muchas ocasiones a simbologías del pasado resignificadas en el siglo XX por sectores de la intelectualidad peronista,

llamada en algunos casos izquierda nacional, pero que coexiste con realidades muy heterogéneas respecto de las que daban sentido a los usos ejercitados por aquellos sectores.

Quisiéramos finalizar estas páginas con un (otro) interrogante. Sostener que los usos políticos del pasado constituyen un importante mecanismo de legitimación del poder no significa que debamos excluir del análisis una pregunta por la potencialidad de ciertas operaciones de memoria para atribuirse una función más amplia –social, si se quiere– como si el problema se agotara en la primera afirmación. Entonces, ¿hay *algo más* que una función legitimadora en los usos que hizo el kirchnerismo del pasado argentino?; ¿hasta qué punto se construyó una “política de la historia”³¹ con el objetivo de promover una transformación del presente a la luz de una interpretación del pasado? Por el momento, nos limitamos a reforzar la primera de las hipótesis, quizás la más aprehensible: las apelaciones al pasado formaron parte central de los mecanismos desplegados por el poder político para justificar acciones y decisiones presentes. El caso de la Vuelta de Obligado resultó claro al respecto. Su conmemoración puso a disposición un conjunto de imágenes, mitos y símbolos que permitieron trazar –*inventar*, por qué no– gruesas líneas de continuidad entre el kirchnerismo y el acontecimiento homenajeado. Una reactualización de la vieja imagen de la Nación y sus enemigos externos, siempre en alianza con sectores locales que van cambiando de rostro; la trasmutación de las luchas militares por la soberanía en “batallas culturales”; los grandes hombres, también.

Si se tratara de una función excluyente de otras podrían habilitarse, al menos, dos consideraciones de diverso orden: por un lado, la comprensión del lugar que ocupa un conjunto por demás heterogéneo y no necesariamente a priori “coherente” de representaciones sobre la historia, construidas y promovidas desde el ámbito estatal, que van modificándose según lo requieren las circunstancias más actuales. La segunda cuestión, vinculada con la anterior, tiene que ver con una advertencia acerca del poder de algunas imágenes, que podrían desmoronarse frente a una mirada atenta. No obstante cierta tentación a inclinarnos por alguna de aquellas hipótesis, optamos por dejar, al menos por ahora, abierta, una pregunta acerca del *más allá* de la búsqueda de legitimación.

Notas

¹ *Una batalla que no fue nacional* es el título de la nota que escribió José Carlos Chiaramonte para la *Revista Ñ* en diciembre del 2012, a partir de la cual tuvo lugar un intercambio de opiniones con otros historiadores. Más adelante nos detendremos en el análisis de su contenido.

² Discurso de Cristina Fernández de Kirchner en el acto por el Día de la Soberanía Nacional el 20 de Noviembre de 2010.

³ La referencia a una deuda histórica pareciera, no obstante, olvidar esto último.

⁴ En el 2015 el “tiempo de la política” primó por sobre la necesidad de la conmemoración. En pleno contexto de balotaje, no tuvo lugar el habitual acto por el Día de la Soberanía.

⁵ Discurso de Cristina Fernández de Kirchner, noviembre de 2011.

⁶ *Ibídem.*

⁷ Discurso de Cristina Fernández de Kirchner, noviembre de 2010.

⁸ Discurso de Cristina Fernández de Kirchner, noviembre de 2012.

⁹ Discurso de Cristina Fernández de Kirchner, noviembre de 2011.

¹⁰ *Ibídem.*

¹¹ *Ibídem.*

¹² *Ibídem.*

¹³ *Ibídem.*

¹⁴ Julián Domínguez, presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, en *Página/12*, 21 de noviembre de 2014.

¹⁵ *Ñ. Revista de Cultura*, 30 de noviembre de 2012.

¹⁶ *Ñ. Revista de Cultura*, 25 de enero de 2013.

¹⁷ *Ibídem.*

¹⁸ Diario *La Nación*, 3 de noviembre de 2010.

¹⁹ Así se titula el artículo al cual estamos haciendo referencia.

²⁰ *Ibídem.*

²¹ Pensemos aquí la idea de *lugar* en el sentido que le otorga De Certeau (1994: 69), en tanto elemento constitutivo de la operación historiográfica.

²² Diario *La Nación*, 6 de diciembre de 2010.

²³ Sociólogo, y director, al momento de escribir la nota, de la Biblioteca Nacional.

²⁴ Diario *Página/12*, 23 de noviembre de 2010.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ La referencia a una “coyuntura de activación” de memorias no debiera indicarnos que la Vuelta de Obligado ya formaba parte de la memoria histórica de los argentinos. Sería más apropiado, en todo caso, hablar de una memoria impuesta “desde arriba”. No obstante, la categoría resulta operativa, dado que la rememoración del acontecimiento permitió deslizamientos hacia *otras* memorias y representaciones históricas más o menos arraigadas en el sentido común histórico.

²⁷ Julián Domínguez, presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, en *Página/12*, 21 de noviembre de 2014.

²⁸ Al respecto se puede ver: Acha, Omar: *El Instituto “Dorrego” y un revisionismo histórico de izquierda* disponible en: <http://www.herramienta.com.ar/>; Stortini, Julio: *La creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano “Manuel Dorrego” y los debates sobre la disciplina histórica*, ponencia presentada en las XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia 2013, disponible en: <http://cdsa.academica.org/000-010/641.pdf>

²⁹ Ternavasio, Marcela. Entrevista a Hilda Sabato y Marcela Ternavasio en *Nuestra Cultura*, publicación del Ministerio de Cultura de la Nación, año 2, N°4, 2010.

³⁰ Julio y Rodolfo Irazusta, *La Argentina y el Imperialismo Británico. Los eslabones de una cadena. 1806-1933*, p. 170, citado en Quattrocchi-Woisson (1995: 115).

³¹ La idea de “políticas de la historia” es tomada aquí en el sentido que la formula Goebel (2012): “... las formas en que se moviliza la historia con el objeto de afectar la distribución del poder político en una sociedad”.

Bibliografía citada

Acha, Omar (2012). *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*. Buenos Aires: Editorial Herramienta.

Adamovsky, Ezequiel (2011). “Historia, divulgación y valoración del pasado: acerca de ciertos prejuicios académicos que condenan a la historiografía al aislamiento”. *Revista Nuevo Topo*, N° 8, pp-91-106.

Cattaruzza, Alejandro (2007). *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Chiaromonte, José Carlos (2012). *Usos políticos de la Historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Devoto, Fernando (2014). “Conmemoraciones poliédricas: acerca del primer Centenario en la Argentina”. En N. Pagano y M. Rodríguez (Comps.), *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2004). *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Fradkin, Raúl y Gelman, Jorge (2015). *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*. Buenos Aires: Edhasa.
- Goebel, Michael (2013). *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*. Buenos Aires: Prometeo.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Madrid: Paidós.
- Levi, Giovanni (2001): “Le passé lointain. Sur l’usage politique de l’histoire”. En F. Hartog y J. Revel, *Les usages politiques du passé*. París: Éditions de L’École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- Nun, José (2014). *El sentido común y la política. Escritos teóricos y prácticos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pagano, Nora y Rodríguez Martha (2014). “Prólogo”. En N. Pagano y M. Rodríguez (Comps.), *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Quattrocchi-Woisson, Diana (1995). *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Ternavasio, Marcela (1998). “Entre la deliberación y la autorización. El régimen rosista frente al dilema de la inestabilidad política”. En N. Goldman y R. Salvatore (Comps.), *Caudillismos rioplatenses. Una mirada a un viejo problema*. Buenos Aires: Eudeba.